

LA GRACIA

REVISTA COMICA



UTILIDAD DE ALGUNOS ANIMALES EN EL PARAISO

(Dadas las actuales circunstancias, Adán y Eva no pueden lucir sus toïettes habituales.)



30
cts.



—¡Pero, por Dios, Gabriel! ¿Porqué no pruebas a quitarte ese catarro con el específico que tú has inventado?
—¡Quita, mujer! ¿Tú crees que tengo ganas de envenarme?

—Si le he pisado, ¡se aguanta! Y cuidadito con alzarle la voz...

LA GRACIA

Esta popularísima Revista cómica publica en el próximo número

UNA EXTENSA NOVELA CÓMICA

PROFUSAMENTE ILUSTRADA

Este suplemento, que constituirá uno de los mayores atractivos de la Revista, equivale, por su extensión, al de las novelas semanales que actualmente se publican. No obstante el alarde editorial que esto significa, sólo aumentaremos en diez céntimos el precio de esta Revista.

Lea el próximo jueves

LA GRACIA

40 cts.

LA NOVELA TEATRAL

publicará el próximo domingo
el drama en cinco actos,

Los gorriones del Prado

original de

Alfonso Vidal y Planas

40 cts.

EL FOLLETIN

PUBLICARA MAÑANA

Quintín Durward

WALTER SCOTT

NÚMEROS PUBLICADOS:

- 1.—DUMAS.—Los mil y un fantasmas.
- 2.—VICTOR HUGO.—Han de Islandia.
- 3.—DICKENS.—Los tiempos difíciles.
- 4.—DOSTOIEVSKI.—Crimen y castigo.
- 5.—ALLAN POE.—Aventuras de Arturo Gordon Pym.
- 6.—E. SIENKIEWITZ.—¿Quo vadis?
- 7.—IVAN TURGUENEF.—Humo.
- 8.—WALTER SCOTT.—El pirata.
- 9.—ABATE PREVOST.—Manon Lescaut.
- 10.—BALZAC.—La piel de zapa.
- 11.—PONSON DU TERRAIL.—Las miserias de Londres.
- 12.—F. COOPER.—El último mohicano.
- 13.—GABORIAU.—Por el honor del nombre.
- 14.—WISEMAN.—Fabiola.
- 15.—LEON TOLSTOI.—Resurrección.
- 16 y 17.—DUMAS.—Los tres mosqueteros (tomos I y II.)
- 18, 19 y 20.—DUMAS.—Veinte años después (tomos I, II y III.)
- 21, 22, 23, 24, 25, y 26.—DUMAS.—El vizconde de Bragelonne (tomos I, II, III, IV, V y VI.)
- 27.—DICKENS.—El hijo de la Parroquia.
- 28 y 29.—VICTOR HUGO.—El hombre que ríe (tomos I y II.)
- 30 y 31.—VICTOR HUGO.—Nuestra Señora de París (tomos I y II.)
- 32.—VICTOR HUGO.—El noventa y tres.
- 33, 34, 35 y 36.—VICTOR HUGO.—Los miserables (tomos I, II, III y IV.)
- 37 y 38.—VICTOR HUGO.—Los trabajadores del mar (tomos I y II.)
- 39.—PONSON DU TERRAIL.—La saga del ahorcado.
- 40, 41, 42 y 43.—DUMAS.—El conde de Monte-Cristo (tomos I, II, III y IV.)
- 44.—VICTOR HUGO.—Bug-Jargal.

132 PÁGINAS

40 CENTIMOS

AGENTES EXCLUSIVOS PARA
LA VENTA DE ESTA REVISTA:
República Argentina: **ANTONIO MANZANERA**.—Independencia, 856.—Buenos Aires.
Guatemala: **DE LA RIVA HERMANOS**.
9.ª Avenida Sur, n.º 8.—Guatemala C. A.
Precio del ejemplar en Buenos Aires. 25 centavos.
En el interior del país. 20 centavos.

Prohibida la reproducción de texto y grabados.—No se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos.—No se abonan otros trabajos que los solicitados

FUNDADOR: JOSE DE URQUIA

ADMINISTRACION: MADRID, CALVO ASENSIO, 3. - APARTADO 8.008. - TELEFONO, 624.-J.-

"COMPLETO" EN LA PLATAFORMA

—¡Un cuatro! ¡Y completo! Pues yo voy aunque sea en los hombros del cobrador. A la una, a las dos, a las tres... ¡plaf!

—¡Caray! Ha caído usted sobre mi pie, amigo.

—Perdón; es que como va tan lleno...

—Sí, ha querido usted llenarle más... Y que está usted gordito.

—¡Ande, pues eso es ahora, que luego, a la vuelta...

—¿Va usted a que le inflen como un neumático?

—Voy a almorzar, de manera que al regreso abulto más.

—Pues tendrá usted que avisar al carro de la carne.

—Señora, ¿a usted quién le ha dado vela en este entierro?

—¡Ah! pero ¿esto es un sepelio?

—Por lo menos no es un patio de vecindad, para que se metan las comadres.

—¡Oiga usted, eso de comadre!... Porque aquí, la señora...

—¿Hacia dónde señalaba usted al decir "aquí"?, porque no he mirado.

—Digo que la señora, que es la mía...

—¡Pobre hombre!

—¿Qué es eso que le compadecerlo porque sea mi marido? Ya quisiera usted una mujer como yo, para los días de fiesta.

—¡Rompa antes el almanaque! Porque con usted todas las fiestas deben de ser día de trabajo.

—¿Sí?

—Del trabajo de aguantarlas.

—¿Oyes esto, Ataulfo?

—¡Uy, Ataulfo! Cobrador, que lleva usted un rey godo en la carroza.

—Vamos, tranquilidad.

—No; es que eso me lo va a decir el señor en las Ventas.

—Me apeo antes, pero le puedo poner una postal.

—Pues sí que van ustedes armando buen cisco.

—Déjelos; es para hacer ameno el camino.

—No todos lo hacen como usted, que se ha pegado a mí en la Cibele y va a haber necesidad de llamar al juez para que nos separe, como si

fuésemos un matrimonio mal avenido.

—Es el sitio, señora; como vamos tantos...

—Tantos frescos, quiere usted decir...

—A ver si hay necesidad de tomar automóvil para irse uno a casa y comer tranquilo.

—¡Anda, pues no hay aquí un caballero que dice que come!

—Ganas de darse pisto que tienen algunos.

—Al precio que alcanzan las subsistencias. ¿Deja usted sobras en su domicilio? Porque iríamos a buscar

más de los debidos. De manera que eso se lo cuenta usted a la Compañía.

—¿A cuál? ¿A la Compañía de Jesús o a la del Circo?

—A la de los tranvías.

—¡Ah! pues me va usted a perdonar que no le haga caso, pero no tengo tiempo.

—¡Anda, si viene con nosotros el activo don Heliodoro!

—No es que sea don Heliodoro ni de una actividad que asuste, pero, vamos, hago lo mío.

—¿Y qué es lo suyo? ¿Tambores? Lo digo porque así haría algo que sonase.

—También puedo hacer nari ces, que suenan mucho cuando están constipadas y pueden saltarse de un puñetazo a los idiotas.

—¿Ha dicho idiota? Por lo visto este tranvía lleva espejo y se ha mirado a uno.

—¿Yo? Apéese usted ahora mismo.

—No he llegado aún y si me apeo y usted me mata, pierdo la mitad del billete y los tiempos no están para de-
rrochar.

—De todos modos, se baje

o no, es usted un grosero y un imbécil.

—¡Anda, batalla de flores en un tranvía!

—Señores, calma. ¿No ven ustedes que ni aun tienen sitio para pegarse?

—¡Aguanta, Martina, que hemos caído entre valientes!

—¿Yo a usted?

—¡Usted a mí!

—¿Pero qué es esto?

—¡Pardiñas!

—Lo peor de todo, señores, ¡que me han robado la cartera!

A. R. Bonnat



NÚMERE.

—Hace lo menos dos meses que no ha limpiado usted esta bañera. Ya sabe que lo que más me encanta es la limpieza.

—¿Como no la usan nunca!...

las No ve usted que nosotros nos comemos los codos de hambre.

—¡Ojalá!

—¿Cómo dice?

—Que no será verdad esa ganga de que se come usted los codos, porque precisamente me está metiendo el suyo por el estómago.

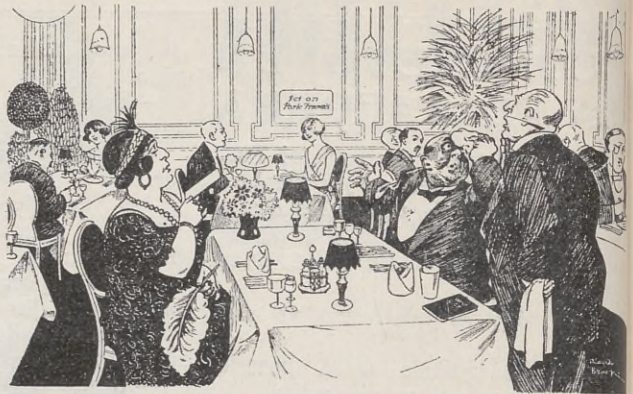
—Usted disimule, pero es que este otro señor se me ha echado encima y como no ha dejado dicho a qué hora hay que llamarle, pues no me atrevo a despertarle.

—¿Que yo me echo encima? Es que vamos en la plataforma muchos

LA GRACIA EXTRANJERA



—Ahí va la nueva rica con sus hermosas perlas.
—Sí; acompañada de la ostra que las da.



EL NUEVO RICO.—Déme una ración de ese plato que hay anunciado en la pared



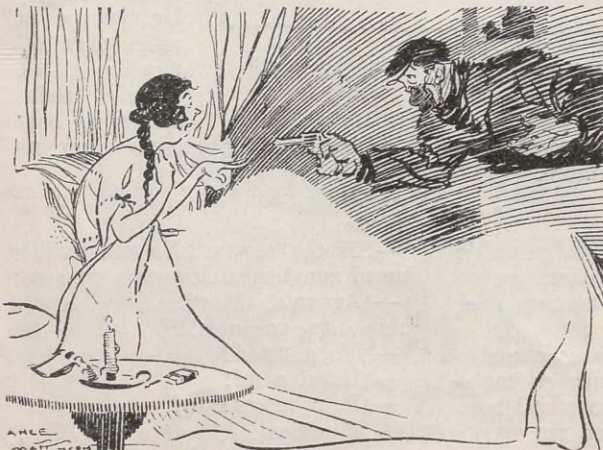
LA SEÑORA (muy aficionada a los animales.) — Por tercera vez, caballero ¿quiere usted azúcar?



EL BOTICARIO.—Esto lo toma usted antes de cada comida. La dieta es importante. Nada de tabaco, ni alcohol ni carne, ni vino. Sólo puede usted comer pescado blanco, y beber nada más que agua o leche. Que pase usted felices Pascuas.



—¿Qué temperatura tenemos?
—Como ayer.
—¡Qué raro que en veinticuatro horas no haya subido, como todo!



EL LADRON.—No grite usted señora: lo único que quiero es su dinero
LA RICA HEREDERA.—¡Como todos!



—¿Qué botas llevas, niño?
—Las nuevas, papá.
—Pues da los pasos más largos, haz el favor.

LOS GRANDES HUMORISTAS

El rapto de Agueda

Agueda tenía diecisiete años; Enrique, diecinueve. Eran novios.

Corría el mes de octubre. La doble confesión había sido cambiada en el mes de febrero. Es la época mejor para el florecimiento de las grandes pasiones. La primavera las hace desarrollarse de un modo extraordinario. Llegan a su plenitud en el solsticio de estío.

El padre de Enrique y el padre de Agueda tenían posiciones equivalentes; el uno comerciaba en diamantes y piedras preciosas; el otro, en estiércol. Sospechaban el noviazgo de sus hijos; pero los consideraban todavía demasiado jóvenes para unirlos. Esta ligera resistencia de los ascendientes de Agueda y Enrique podía tomar, con ayuda de un poco de imaginación, la apariencia de un obstáculo insuperable y estimulante, igual al odio legendario de las dos familias de Verona.

La Naturaleza, que arma tan bien a sus procreadoras, había concedido a Agueda el material de armamento número 1, el de las tropas escogidas.

Consistía:

1.º En unos finos cabellos castaños que fueron antaño rubios.

2.º En una tez blanquísima y unas facciones muy bien dibujadas, especialmente la nariz, modelo 1750.

3.º En una linda boca, un poco dura, cuyo enojo deseábase calmar; y unos ojos vivos, de mirada burlona, que hacía anhelar ser el hombre que transformase aquella mirada en tierna y reconocida.

Enrique, que no disponía con frecuencia de pretextos admisibles para ir a casa de los padres de Agueda, veía a su amada en casa de una prima de él, una chiquilla de quince años, a la que halagaba mucho el papel de confidente de aquella aventura misteriosa. El llegaba al caer el día, y ante los ojos extasiados de la prima, tomaba a Agueda en sus brazos y la daba tiernos besos.

Pero acaso nuestro joven no apreciaba en su valor la dicha que érale otorgada. A esa edad impaciente, se establece una jerarquía entre las diferentes clases de favores que las damas tienen a bien concedernos.

Un beso en la mejilla no vale tanto como un beso en el cuello. Un beso en el cuello no tiene el precio que un beso en los labios.

Enrique era, a la sazón, más ambicioso que apasionado. Buscaba menos la felicidad que el éxito precoz.

Desde la edad de diez años, había conquistado como grados las distintas alegrías de la vida: su primer pantalón largo, su primer cigarro, su título de bachiller, su primera mujer, su primer amor...

Una tarde hubo una conferencia muy importante en casa de la prima, cuyos padres, que habían notado algo, no querían seguir favoreciendo los secretos

amores de Agueda y Enrique. Al final de aquella conferencia, el mancebo resolvió robar a Agueda, llevársela a Bruselas, obligando de este modo a las dos familias rebeldes a dar su consentimiento. Por otra parte, aquel escándalo tendría la ventaja de consagrar ante los ojos del mundo la importancia de su pasión.

Para realizar tal proyecto, era menester proporcionarse dinero.

Enrique no poseía más que su modesta consignación de hijo de familia: treinta francos a la semana, o sea veinticinco francos de su padre y cinco francos de la madre, más un pequeño suplemento los días festivos.

Hizo cuidadosamente el presupuesto de su escapatoria:

FRANCOS

Billetes de ferrocarril, billetes de equipaje, dos cestos de provisiones, propinas y ómnibus (total aproximado)..... 160

Quince días de estancia a 50 francos diarios. (Les harían volver seguramente antes de quince días)..... 750

Una docena de camisas. (Sus camisas estaban un poco usadas. La sola idea de que Agueda viese un cuello suyo deshinchado le enloquecía)..... 120

Seis calzoncillos; doce pares de calcetines de seda..... 120

Una maleta inglesa..... 80

Un traje de viaje de señora... 150

Un pequeño equipo que habría que comprar en Bruselas, porque una muchacha que abandona furtivamente la casa paterna no es fácil que pueda preparar sus maletas. Y además, para Agueda, la perspectiva de comprarse ropa interior bordada entraba por mucho en las alegrías del viaje..... 500

Con ciento ochenta francos de gastos diversos e imprevistos, se llegaba a un total verdaderamente consternador de dos mil francos.

Jamás había poseído Enrique una suma semejante

Fué a ver a su tío Carlos, el socio de su padre, y le pidió dos mil francos para un compromiso serio.

Eran las cinco de la tarde cuando salió de casa de su tío con la cantidad solicitada. Parecióle que, desde aquel momento, adquiría una cierta importancia en el mundo.

Al pasar ante un café, cerca de la Opera, sintió el desecho de sentarse a una de las mesas. No quería tocar a sus dos mil francos. Era un dinero sagrado. Pero poseía aún algunas blancas monedas de dinero no sagrado.

Vislumbró a uno de sus camaradas de colegio, al que convidó a beber. En el momento de abonar las consumaciones, en vez de pagar con sus monedas, sacó un billete de mil francos. Luego, habiéndole dejado su amigo, se pre-

guntó qué iba a hacer aquella noche. No podía resolverse a permanecer con sus padres de sobremesa. Estaba impaciente porque llegara el otro día para ir a ver a Agueda y fijar con ella la hora de la partida. Decidió, pues, comenzar la velada en un sitio bullicioso, en un "music-hall" cualquiera, y terminarla en casa de una amiga de quien sólo conocía el nombre de pila: Floriana.

Aquella visita a Floriana hallábase justificada por excelentes razones. Enrique era un muchacho tímido y un poco inexperto. No había viajado nunca con una señora, y pensaba obtener de Floriana, en el curso de la conversación y sin puntualizar demasiado, algunos informes que su orgullo de joven que presumía de avisado impedia solicitar de un amigo. La entrada al "music-hall" y los informes de Floriana podían ser cargados a los ciento ochenta francos del capítulo de "Imprevistos".

Al regresar al hogar paterno, pasó ante un almacén de bicicletas. Distinguió una magnífica "moto" que había admirado con frecuencia. Llevando dinero encima, se permitió la satisfacción de regatearla y de hacerse explicar sus diferentes accesorios. "Yo podría acaso comprar esta máquina—se dijo—, economizando los gastos del rapto, no adquiriendo más que seis camisas, rebajando un poco el precio de la maleta inglesa y los calcetines de seda."

Al llegar a su casa, enternecióse al ver la sopa humear en la mesa, y al contemplar a su confiado padre leer el periódico en el rincón del fuego. Su madre le besó, como de ordinario; y él se estremeció, imaginando el trastorno que su súbita desaparición iba a causar en aquel interior tan tranquilo. Resignóse a pasar la velada en familia, no marchándose hasta las once. Se había prometido ir a casa de Floriana (y rara vez uno cumple sobre tales promesas.) Calculaba más seriamente las consecuencias de su calaverada. Empero, persistía en ella todavía...

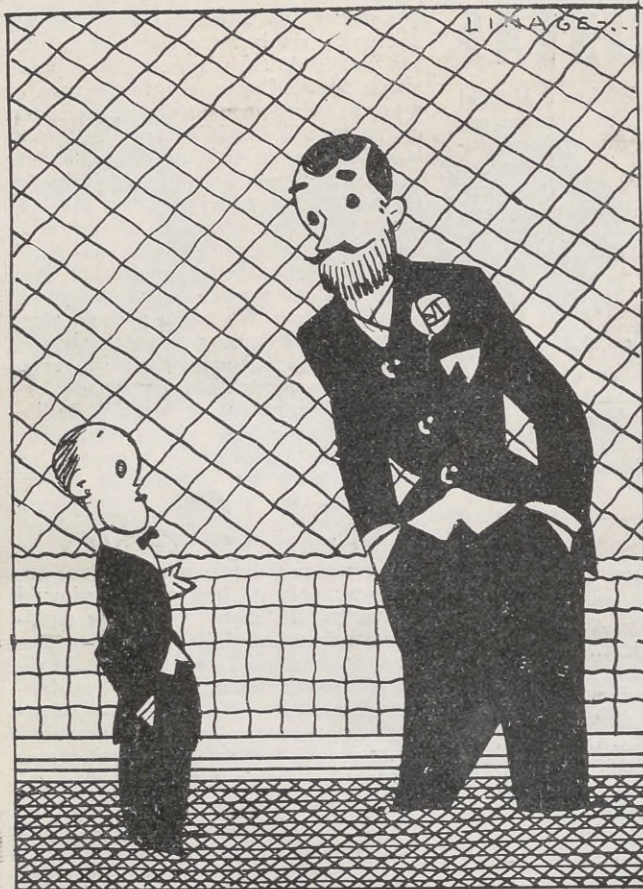
Mas al salir de casa de Floriana se sintió muy juicioso. Tuvo la fuerza de voluntad de renunciar a sus azarosos proyectos.

Vió a Agueda al día siguiente, y la dijo con mucha gravedad que no debían comprometer su tranquilidad con una locura semejante. Agueda, en el fondo, no había simpatizado con aquel proyecto sino por haber visto tan exaltado a Enrique. Desde el momento en que él no obstinábase ya, ella renunciaba gustosa.

—Además—dijola el joven—voy a hacerte un regalo. Voy a darte trescientos francos. Te compras ropa interior bordada, y dices a tu madre que la has ganado en una tómbola.

En cuanto al resto de los dos mil francos, no se lo devolvió a su tío. Lo colocó en la Caja de Ahorros, retirándolo poco a poco, invirtiéndolo en apuestas en las carreras, alquileres de motocicletas y tímidas orgías.

Irisán Bernard



—Desearía ser grande como tú, papá, para hacer lo que quisiese.
—Hijo mío, cuando tengas mi edad estarás casado.

HABLANDO CON ANIMALES

El oso de la villa

Le vi por la calle.
Pasó por mi lado... pero no me dijo requiebro alguno.

Sus pícaros ojos me miraron con insistencia tan significativa, que, comprendiendo que tenía algo que decirme, detuve mis pasos y me sumé al grupo de gente que, curiosa, le contemplaba.

Bien sujeto de las narices por una argolla, dejábase explotar por otro que no era, ciertamente, un sujeto "bien".

La golosinería de su sombrero lleno de "bollos", el oscuro color de su epidermis, que parecía un mapa de la "Manchuria", y la iluminación esplendorosa de su traje lleno de "lámparas", daban a entender claramente que no debía frecuentar desde hacía tiempo las reuniones aristocráticas.

El oso, puesto de pie, danzaba torpemente, al compás de un ronco pandero que el húngaro tañía con ritmo lento y adormecedor.

El auditorio, compuesto en su mayor parte de criadillas y mandaderos, hallando en la danza motivo justificado para el aplazamiento de sus quehaceres urgentísimos, contemplaba inmóvil el espectáculo.

La estúpida fiera, al bailar, gruñía

malhumorada como protestando, y con razón, de que se le obligase a competir con los pollos del Palace que, en algún tiempo, presumían de ejecutar perfectamente la "danza del oso".

Pronto pude convencerme de que, cual dicen los chulos, "no era por ahí".

Los gruñidos del oso obedecían, única y exclusivamente, al suplicio, hartos cruel, de su estómago en huelga, el cual veíase condenado a morir de hambre teniendo delante tanta criadilla y tanto mandadero.

Terminado el baile y llegado el momento de la apetecida recaudación, el oso, con el pandero entre sus garras, acudió al concurso en demanda de la moneda con que

éste había de premiar sus habilidades. Pero el oso, como todos los que acuden a un concurso, pensando en conseguir el justo premio, hizo el ridículo más horrible, pues los espectadores que constituían el tribunal, apenas terminó aquél sus ejercicios, retiráronse sin concederle ni siquiera el "accésit" de una "perra gorda".

Con este motivo, el hombre del traje viejo soltó un "terno", también muy usado entre la gente de su calaña, y metióse en la taberna más próxima.

—Acércate—me dijo el oso entonces—. Sé que eres periodista y quiero, antes de morir, que publiques mis declaraciones.

—Hable usted, don Oso.

—Gracias por el tratamiento, que te estimo, pero apéalo. No me cuadra, ni me corresponde. Además, desde un día en que padecí de neurastenia, y el veterinario, para curarme, me impuso uno, odio los "tratamientos" con toda la energía que mis escasas fuerzas permiten.

—Siendo así...

—Puedes tutearme, si quieres. No me enfado.

—¿Te llamas?...

—Debes saberlo. ¿No le oíste decir: "¡Baila, Mariano!", al húngaro encargado de disecarme?

—Ya, ya veo que estás en los huesos.

Se conoce que tu dueño te quiere poco.

—No lo creas. Soy su flaco. Por eso me dedica al baile. En el arte de Terpsícore, como en las casas de huéspedes, la carne es considerada como enemigo del alma y del cuerpo, y se prescinde de ella en absoluto.

—Verdad. Pero sigamos con tu filiación.

—¿Deseas averiguar también mi apellido? Bien. Me llamo Mariano Pérez.

—¿Pérez dijiste?

—Sí. ¿Te extraña? Es lógico. Voy a explicártelo. Yo, cual todos los de mi respetable familia, que es la de las úrsidas, tan agraviada por los naturalistas, que nos ponen de estúpidos que no hay por dónde cogernos, soy, ¿a qué negarlo?, uno de los amigos más inseparables de la vagancia. Tan vago que, puesto en el "tren" de no hacer nada, resulto un "vagón" de primera. El ejecutar esas filigranas coreográficas que viste, me cuesta un trabajo enorme. A esta innata cualidad debo el descubrimiento de mi apellido. Interrógale al húngaro y verás como te dice que soy "Pérez-oso".

—¿Naciste?...

—En la Moncloa. Tampoco debe extrañarte esta circunstancia si te fijas en el color parduzco de mi pelo. Ya sabes que el oso blanco, campeón del polo, se encuentra en las regiones árticas; el gris, en las montañas Rocosas, de América, "y el pardo", que se halla en Madrid...

—A catorce kilómetros de la Puerta del Sol.

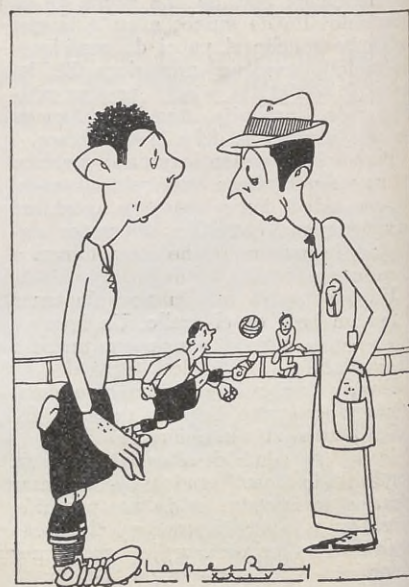
—Precisamente.

—¿Cuál es el que corre más?

—El gris, que se cría junto al río Arkansas.

—¿Allí puede cogérsele?

—¡Quiá! No le "arkansas" nunca. Su carrera es tan veloz como temible. Ra-



—Sabrás que voy para arriba; antes estaba en el segundo equipo y ahora estoy en el primero.

—Dirás que vas para abajo, porque pasas del segundo al primero.



PARA PLANCHAR UN CABELLO REBELDE

(De «Tit Bits».)

ras son las personas que no huyen del sitio donde "corre un gris".

—¿Dicen que el oso blanco es de un valor muy grande?

—Sí que vale mucho. Lo confirma una prueba. Todo cazador que se encuentra con un oso, lo primero que intenta es hacerle "blanco".

—El individuo que se dedica a la caza vuestra, ¿no se desvanece al veros?

—Se desvanece al vapor. ¿No ves que "va-por-oso"?

—¿Chistoso también?

—¡Ay, hijo! Nuestra casta es muy desdichada. El hecho de haber nacido oso acarrea la mar de inconvenientes. Voy a demostrártelo. Para mí el crecer y desarrollarse con exceso equivale a que el cuerpo se me llene de granos, pues me califican de "gran-oso". Si atesorar la nobleza y humildad canina me amenaza el peligro de envejecer a escape, porque soy "can-oso". El fútbol es un deporte que no puedo culti-



—Si quieren otras telas, en el entresuelo hay exposición.
LA NIÑA.—¡Ay, mamá! Si hay «exposición» no subimos.
(Lopez Rey.)

varlo sin arruinarme después en la confitería.

—No veo la razón.

—Pues vas a verla. No comprendes que el oso no puede hacerse nunca un gol, porque resulta...

—Un "gol-oso", es verdad. Derrochas buen humor. Se conoce que estás contento con tu suerte.

—Te equivocas. Estoy arruinado.

—¿Recoges pocas perras?

—Bastantes. Pero se las lleva todas mi explotador. ¿No ves que es "hungerito"? Lo que me anima es pensar que el hombre se parece mucho a mí.

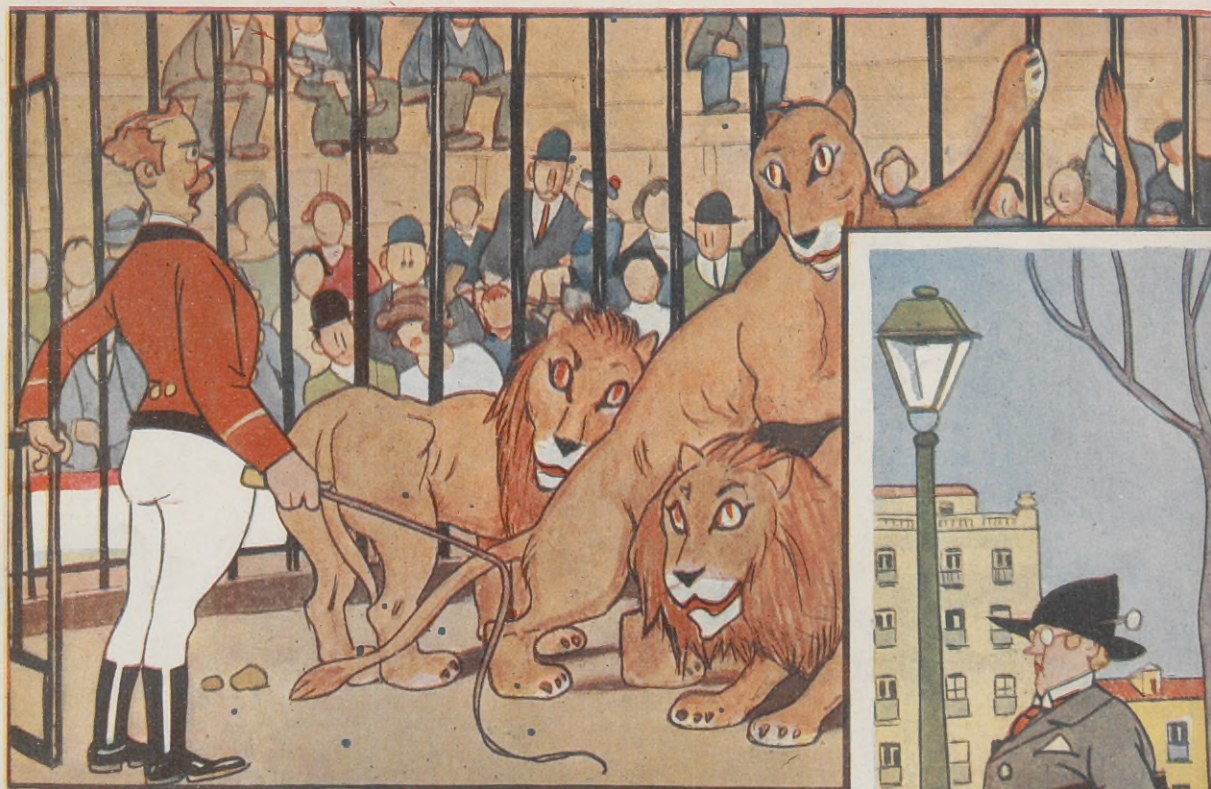
—¿A ti?

—No lo dudes. Fíjate si no; cuando alguno se acatarrá, por qué le ponen un parche?

—Por eso.

—Se lo ponen "por oso".

Adolfo Sánchez Carrère



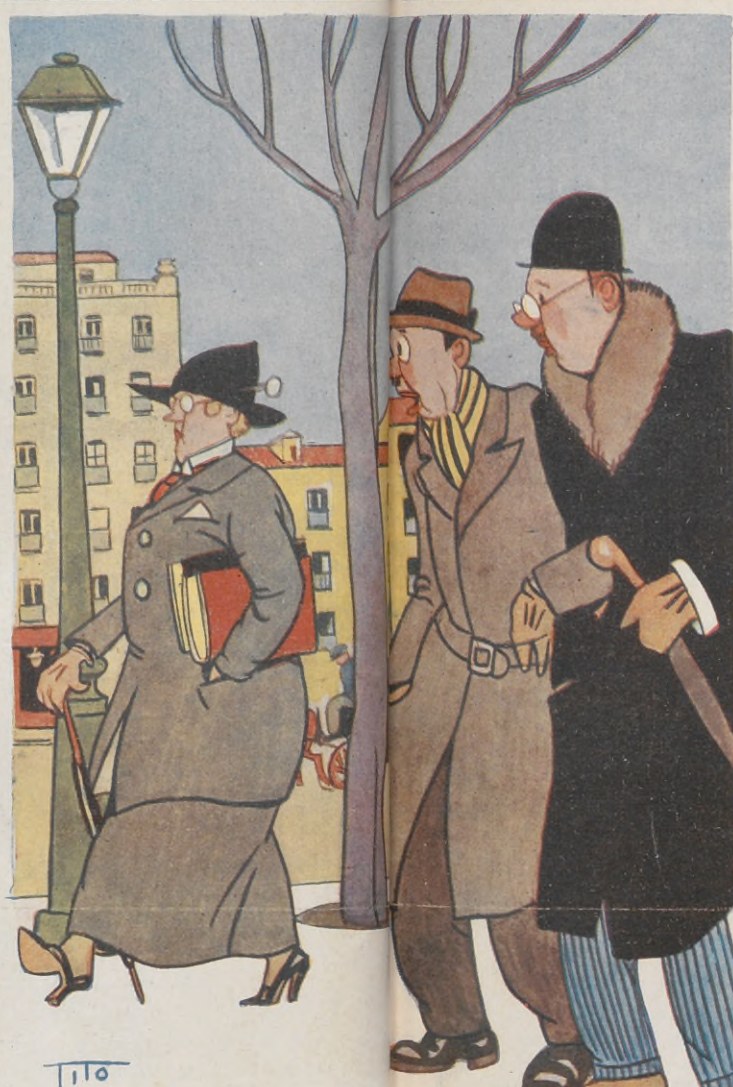
El domador entra en la jaula.



El domador entra en su casa.



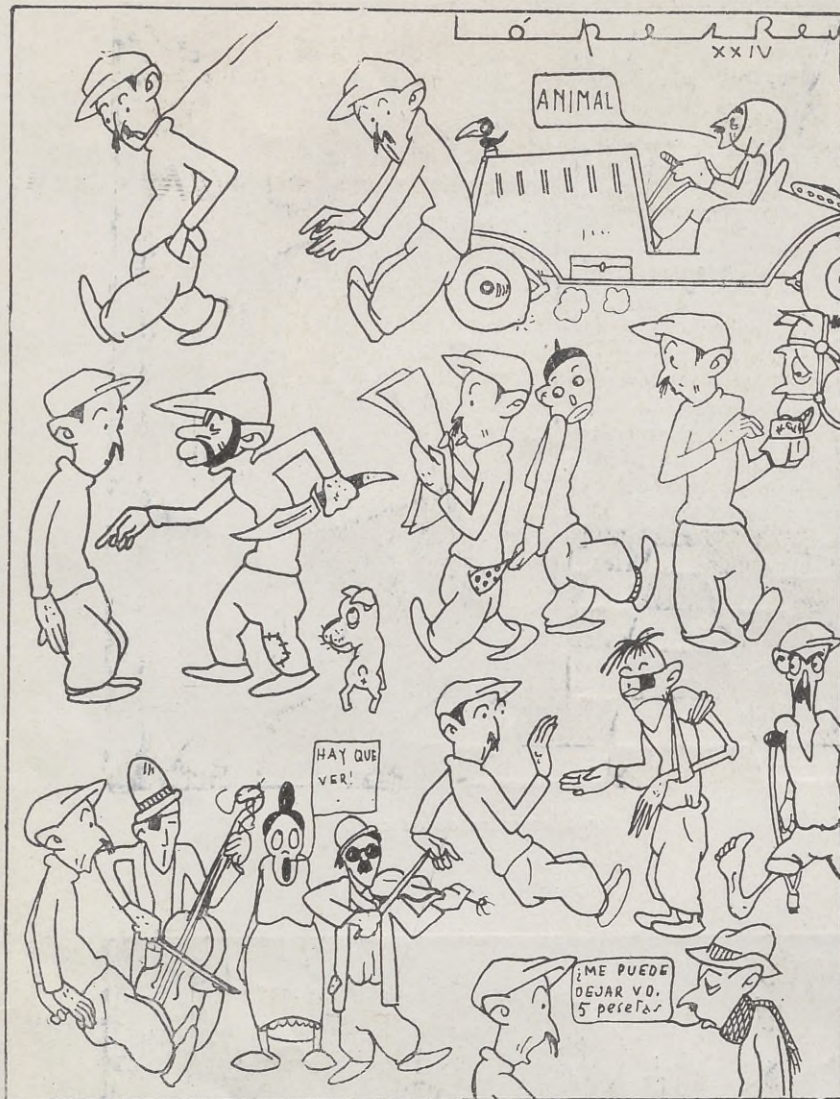
—¡Y hay quien se considera feliz cuando una mujer da el "sí"!...



—Es una mujer muy instruida, le catorce lenguas.
—¡¡Horror!!



—Los hombres siempre abusáis porque una es débil...



LAS PLAGAS DE MADRID, por LUCIO LOPEZ REY

AYER Y HOY

Está fuera de toda duda que
"¡Hoy las ciencias adelantan
que es un barbaridad!"

según acaba de decir—como aquel que dice—uno de los hombres de más gracia pura, sin trampa ni cartón, que ha tenido España, creador de frases, que para siempre más, quedarán incorporadas al diccionario de modismos de nuestra lengua.

Si; las ciencias adelantan que es una barbaridad, pero la gracia, que a su vez, adelanta, que son dos o tres barbaridades juntas.

No es ya, la de hoy, aquella gracia ruda, de magras con tomate, de los tiempos clásicos, de la que fué rey y señor don Baltasar de Alcázar; es algo más sutil, más hilado, más retorcido, si queréis; pero también infinitamente más gracioso, flor del ingenio, cuyo precursor fué el verdadero Príncipe del Idioma, don Francisco de Quevedo, dominador del castellano y señor de todo donaire.

Todos los graciosos decires de nuestro áureo teatro clásico, caben en un acto de Arniches, de García Álvarez, de Paso, de Abati. Y digan lo que quieran las zorras que no comen, por verdes, las uvas del retruécano, de la dislocación y demás gansadas.

Si Muñoz Seca nace en tiempos del Fénix de los Ingenios, del Monstruo de la Naturaleza, sus obras no pasan de las musas al teatro en horas veinticuatro; sino a veinticuatro por hora; y España no existiría ya; porque todas aquellas bonachonas gentes habrían reventado de risa.

¡No digo nada, si es a Muñoz Seca a quien se le ocurre escribir el Quijote! Se hacen ricos todos los ortopédicos del reino.

El inmenso tesoro de gracia desparrramado por España en estos últimos años en forma de colmos, parecidos, y demás "burradas", que hacen reír hasta por su carencia de chiste—de chiste no, pues existe el contraste—bastaría para llenar otra biblioteca de Alejandría, reverso de aquella, en la que, seguran-

te, estarían serias hasta las tres Gracias. No creo que exista en el mundo, en todos los idiomas del mundo, nada más ingenioso que la ya conocidísima gradación del nombre más corto:

—O.

—Casío.

—¡Nicasio!

a la que, últimamente, un chusco, chusco; pero que puso de pie su huevo, añadió:

—Juan.

Porque, indudablemente, Juan es aún más corto que Nicasio. Esto se le ocurre al Arcipreste de Hita, y nos lo colocan como oro de ley en todos los textos de Retórica y Poética.

¿Dónde se quedan, al lado de esto, todas aquellas ingeniosidades, alcañal del ingenio, en tiempos muy imperfectamente pretéritos, que nuestros mayores conservaban en el relicario de sus agudezas?

—¿En qué se parece un tísico a una ermita?

—¡Caray!... ¿Un tísico a una ermita?

—Sí, sí; un tísico a una ermita...

—¡Rediez!... En que el tísico tose; y en la ermita tóse hace por Dios!

—¡No, no, no; no es eso!

—Pues me doy por vencido.

—¡Pues en que no tienen cura!...

—¡Qué bien!... ¡Caray, si está bien! ¡Ingeniosísimo! ¡Díganos usted otro, don Demócrito!

—Allá va; este sí que es bueno:

—Soy una mujer mundana,

¡ya ve usted lo que valdré!

Por cuatro cuartos me doy

en dondequiera que esté.

Con el rey, estando a solas,

¡la color le hice volver!...

—¡Ohhh! ¡No vale! ¡Eso no vale!

¡No queremos cosas escandalosas!...

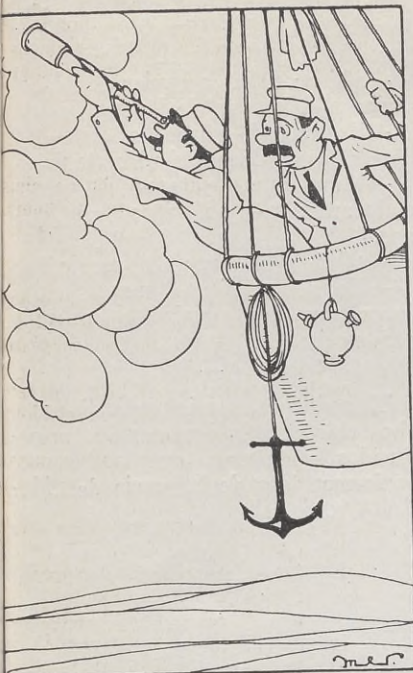
—Señores míos, ¡esto no es escandaloso! Me apresuro a revelar a ustedes que esto es ¡la carta!...

—¡Tiene razón!... ¡Y qué bien que está!...



—Hombre, usted es un sinvergüenza; le dije que no quería verlo más por aquí.

—Eso le he dicho yo a este, pero se ha empeñado en traerme.



"MADRID-CROMO"

Este semanario, dirigido a raíz de su fundación por don Gerardo Vallarino, adquirió popularidad en las expertas manos de López Silva, que se rodeó de los escritores festivos de mayor gracia que formaban la brillante generación del ochenta al noventa, entre ellos el gran Pérez Zúñiga, Eduardo Sáenz Hermúa (que además de escritor era un notabilísimo caricaturista, firmando sus dibujos con el pseudónimo de "Mecachis"), Francisco Capella (que como López Silva y Zúñiga, aún vive y ojalá sea por muchos años), López

—Amigo, usted y yo tenemos casi el mismo oficio.

—¿Cuál?—preguntó el aludido.

—Que usted hace ejercicios espirituales y yo bebidas espirituosas."

"Era un caso problemático el que me tocó por lema, y al quedarme un punto extático, mi enfadoso catedrático me dirigió su anatema:

—Igual que el A B C D, le chico sabía yo ese caso—. Y contesté:

—Es porque tendría usted mejor maestro que yo."

"En una reunión:

—¿Has visto, Nicolasa? Manolita está siempre más lujuriosa que su madre, y esto...

—¿Cómo, Lola?

—Quiero decir más... bonita, más... más... que tiene más lujo.

—¡Ah, que está más lujosa!..."

"A monsieur Lepartí, di un duro que me pidió, y no me lo devolvió.



—¡Pobrecito, está llorando! Sin duda es que se ha emocionado, ¿verdad, rico?

—¡No! ¡Es que yo quiero también subir al borrico!

Marín, Guillermo Perrín, Miguel de Palacios, Angel Caamaño y muchos más.

En "Madrid-Cromo" hay de todo: chistes buenos y malos, cultos y ordinarios, de buena ley y de baja estofa, aunque justo es reconocer que abunda la gracia fina.

He aquí un poco de todo, para mayor variedad y mejor muestra:

"Un licorista le decía a un anacoreta:

—Qué atrocidad; dos días en el aire sin probar bocado. Ahora que como sea verdad lo que dicen en Madrid pronto comeremos.

—¿El qué?

—¿No has oído decir que el pan está por las nubes?

—(Lucía, despabile el velón y eche una firmita al brasero).

Todo esto, lo ha traído a los puntos de mi pluma un recuerdo de mi niñez. Por dos cuartos compré yo en la Puerta del Sol, el Almanaque de la Risa, por Mariano Chacel.

"Risa para todo el año" fué el folleto aquel para nosotros. Mis hermanos y yo, nos lo aprendimos de memoria. ¡Dios le pague a Mariano Chacel los felicísimos ratos que nos hizo pasar!

Y eso, que lo más "hilarante" del almanaque en cuestión eran sutilezas como estas:

"La vi por detrás y fui siguiéndola locamente; mas, se volvió de repente, y desmayarme creí. ¿Sabes lector, lo que vi? Una cara de ratón sobre estucado cartón; dos pómulos amarillos, ¡y, sobre éstos, dos ojillos abiertos con un punzón!..."

—Mamá: este es el pollo que toca en el café de Levante.

—¿Y qué toca?

—El violín.

—¡Ah!...

"—¡Luz! ¡Luz!—gritó la infeliz, medio desmayada ya; y al descender el tapiz y ver la luz, dijo: ¡Ah!..."

(Por supuesto, con extrañeza.)"

¡Esto era gracia!

Y—¡ay, pobrecito de mí!—¡¡Estos eran mis clásicos!..."

V. Díez de Tejada



—Pero, chico, ¿y si no estudias, cómo vas a llegar a hacerte un hombre?

—Pues crecieno.

Es decir que Lepartí
me partió."

—
"En un colegio:

El maestro sorprende a un muchacho en el crítico momento de formar en guerrilla una partida de pajaritas de papel.

—Siempre está usted jugando—le dice, furioso—; más valía que estudiara usted Geografía. A ver, ¿dónde está la Mancha?

—¡Aquí!—contesta el chico en su aturdimiento, mostrando al profesor una solapa de la chaqueta."

—Una irritación Moncada tuvo, a las que es muy propenso. Y dijo el doctor: "No es nada, si toma usted la cebada con frecuencia—como pienso."

"De pesadilla triangular es buena prueba lo de aquel esposo que despertó contando las piernas que había en la cama y diciendo:

—Antonia, Antonia, aquí hay seis "patas."

—Es verdad, Juan—contestó la esposa entre sueños—, las cuatro tuyas y las dos mías."

—
"Por la Pradera del Santo iban en coloquio íntimo Juan, delgado como un huso, y Petra, que es un tocino. Y una chula dijo al verlos: "¡Bien por los de San Isidro! Nunca puede andar mejor un pito con un botijo."

—
"Dos pollitas, acompañadas de su mamá, se sitúan en el Prado para presenciar el desfile de las tropas que

formaron en la última parada que tuvo lugar en Madrid.

—Ahí viene el regimiento de Covadonga—dice una de las muchachas.

—Es verdad—añade la otra—, y detrás los cazadores de Puerto Rico.

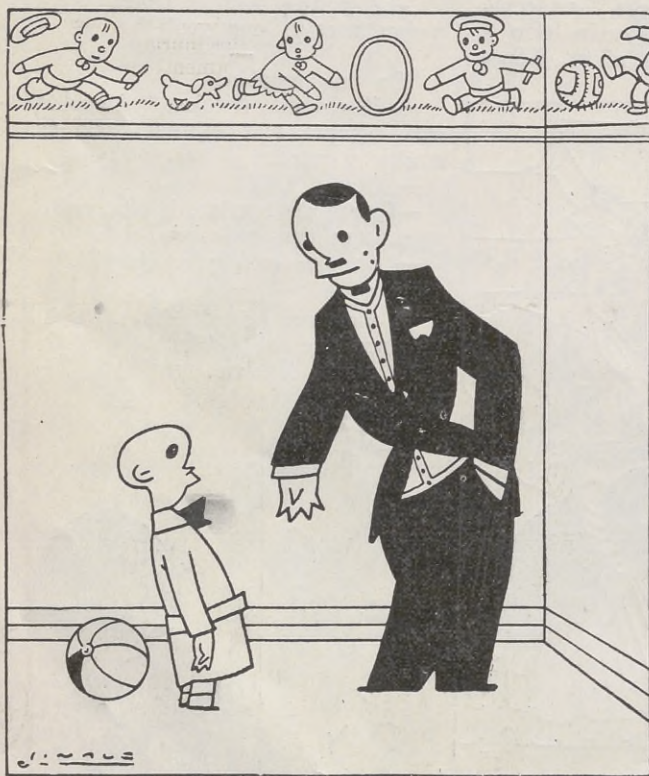
—Mira, mira—exclama de repente la anterior—, allí viene el de For-

nos.

—¿Qué regimiento es ese, niña?
—No es regimiento, mamá; es el joven que nos convidó a cenar la otra noche."

—
Y podíamos seguir copiando muchos chistes más. Pero en los reproducidos basta para que los lectores se formen idea de la gracia de "Madrid-Cromo."

Marciano Zurita



—Este año no has querido darme el gusto de sacarte e primer premio en el colegio.
—Es que he querido dar ese gusto a otro padre.



—¡Hombre, pues no lo sabía!
—Sí, señor, murió mi tía y me dejó 20.000 duros.
—Entonces han pasado ustedes a mejor vida.

(Mel.)

Santoral cómico de la semana

31 de Enero. San Pedro Nolasco.—De corazón tierno; fué francés y más bueno que el pan. (¡Como que llegó a santo!) Fué modelo de humildad. Tan humilde como Nolasco, "no l'has co"-nocido nunca. Ni de conducta más ejemplar, tampoco. Baste decir que fué ca-

nonizado por urbano... Por Urbano VIII, el año 1628.

Santa Marcela, viuda, aunque romana. A los siete meses de casada, perdió a su esposo, lo cual, como es consiguiente, la produjo un grandísimo pesar. (Claro que esto del "pesar" es la cosa más natural, tratándose de una "romana".)

Entonces resolvió imitar la vida de

los ascetas de Oriente. Despreció el amor de "Cereal", un romano ya "espi-gado" que no era "grano" de anís. Este Cereal, era cónsul y tío de Gallo César, quien debió "echar un capote" en la "suerte" de casarle, saliendo de ella bastante deslucido. Lo que equivale a decir que "Gallo" hizo una mala faena, cosa que le ocurría con frecuencia.

Marcela tenía la gran pupila. Y esto no es una chulería, sino que tenía una

pupila espiritual (no hija, como algunos pensaron) que se llamaba Principia y fué Santa también. San Jerónimo, encomiando las virtudes de Santa Principia, "pricipia" y no acaba.

Hoy, también, santos Ciro, Tarsicio, Zótico Metrano (sin duda, contracción de Metro-politano) y Santa Trifena, todos ellos mártires. Santa Trifena fué muerta por un toro y los demás, por los paganos, que eran otra especie de fieras. (Por paganos se tenía a los martirizados, pero los únicos "paganos" en aquellas feroces "fiestas", eran los mártires.)

1 de Febrero.—Santa Brígida, virgen.—Era de Escocia, aunque no de selecta calidad en su origen, pues fué hija de una pequeña esclava, o sea una "esclavina". Tan honesta doncella, se hallaba dotada de una extraordinaria belleza y esta hermosura "le costó un ojo de la cara", pues teniendo más pretendientes que tiene hoy un piso desahogado, pidió a Dios que le afeara el rostro y quedó tuerta, ingresando en un monasterio, donde recobrando el ojo y la "visión", dejó de parecerlo.

Hoy celébranse también: San Ignacio, San Pionio, San Severo y San Efrén.

Día 2.—San Feliciano, San Firmo y San Aproniano.

Y, además, ¡ay! San Cornelio, cen-

turión en Cesarea. (Oración que para el Santo afirman que hay quien emplea: "Oh, Cornelius, libranos capricornius. Así sea.")

Día 3.—San Ascario.—Convirtió a muchos suecos, que estaban rehacios, y a muchos dinamarqueses que también se hacían los suecos.

—El glorioso San Blas, obispo y mártir.—Y como es sabido, el más célebre laringólogo que se conoce... Que se conoce que tiene una mano para curar, que es "mano de santo". Blas era un razonador terminante y a sus palabras no había nada que argüir, pues no admitían réplica. A esto, sin duda, se debe la frase: "Lo dijo Blas, punto redondo".

Día 4.—San José de Leonisa, capuchino.—Fué humilde, casto, paciente y mortificado en grado heroico. Tres días a la semana tomaba pan y agua solamente (como en los días de racionamiento "post-guerra") y su lecho lo constituía unas tablas (Pitágoras no durmió nunca sobre las suyas). La fuerte naturaleza del capuchino, resistió a toda mortificación y al tormento de permanecer colgado de un clavo por una mano y un pie. Con lo cual se patentiza que hay "capuchinos de bronce".

—San Remberto, obispo.—Era natural de Flandes, y monje en su monaste-

rio. Queda demostrado, también, que muy bien se puede ser obispo y ser "flamenco".

Día 5.—Santa Agueda, virgen y mártir, y San Avito, obispo de Francia.—(En dos cosas, por lo menos, nos diferenciamos él y yo: en que él fué obispo y yo no, y en que él, Avito en Francia y yo "habito" en Madrid.

—Santos Gemino o Genuino y Albino o Alvino.—Tan "genuino" el uno como el otro, los dos fueron obispos en Bressemon. Sin duda, sucesor éste de aquél, cuando Genuino fué, "Alvino, vino".

Día 6.—Santa Dorotea, virgen y mártir.—Fué atormentada, siendo su cuerpo descoyuntado en el caballete. ¡Oh, tiempos bárbaros! En nuestros días, sólo las figuras suelen ser descoyuntadas o deformadas en el "caballete", si no las libra Dios de los malos pintores.

Y tantos otros mártires que murieron en el potro. Yo también me veo ahora en "un potro" al contar las vidas de aquéllos. Pero aquéllos murieron en gracia. Y yo, que me atormento y atormento a mis lectores, lo hago en LA GRACIA, pero sin gracia.

Manuel Manzano



—¿A esto llama un plato fuerte?
—Sí, señor, me lo tirado cinco veces la criada y no se ha roto.

SI DE LA GORRA.—¿A pesar del luto por tu mujer te vuelves a casar? Oye, ¿y por qué con una negra?
—EL DE LA BOINA.—(Bajo.) ¡Porque a esta no se la notarán los cardenales!

Gente Nueva

Un sindicato original

El plumífero Bermejo llegó aquella noche al pueblo, donde el doctor Galindo, su amigo de la niñez, hábale invitado a descansar unos días.

—Aquí tienes mi salón de consultas —dijole.

Efectivamente, un penetrante olor a potingues esparciase por toda la estancia. Sobre la mesa de trabajo y entre papeles, libros, instrumentos de cirugía y frascos de drogas, hallábase un cráneo desdentado y algunos huesos de diferentes formas y tamaños. En un ángulo, un esqueleto cojo, colgaba de una escarpia.

—En esa alcoba contigua, estarás cómodamente. Te doy, pues, posesión de tu celda.

—¡Estupenda, chico!...

—¿Vienes un rato al casino?

—Imposible, hoy no sé más que dormir...

* * *

Bermejo quedó solo. Necesariamente tenía que descansar y en un santiamén desnudóse, hundiéndose en el lecho. Pasados algunos minutos, cierto ruido extraño hízole fijarse en la puerta.

El esqueleto cojo tomó una tibia de la mesa del doctor y articulándosela convenientemente, prorrumpió en una estridente carcajada, entrando en la alcoba.

—Buenos noches, plumífero...—dijole con sorna.

Bermejo, aterrorizado, se cubrió completamente con las sábanas y tembló como un chico.

—Perdone usted mi descortesía; he debido pasarle una tarjeta... Pero mi última tarjeta impresa se la envié a Pepe Hillo, perforada por un afiler de diamantes. El hombre habíame brindado la muerte de su último toro y yo utilicé mi última tarjeta... ¡Oh, mi estimado señor Bermejo, ansiaba un rato de charla, después de una forzosa dieta de palabras!... ¡Estoy harto de que me estudien!... Más me hubiera valido pulverizarme en mi tumba, que no servir de adorno en la sala de trabajo del doctor Galindo, porque el señor Galindo ni siquiera me da los buenos días. ¡Pero allá penas!... Me duele horrosamente este colmillo, y como me apriete el dolor le doy un disgusto. O me lo extrae, o me fugo por esa ventana, en busca de un odontólogo. Demasiado tiempo he sido consecuente. Además, yo siempre fui muy libre, por eso no me he confundido en el inmenso montón de huesos que constituye la humanidad que fué... Soy, en suma, una armadura ósea, imperfecta, como todo lo humano,

que tanto en la vida como en la muerte la imperfección nos acompaña. Para ser yo perfecto, necesitaría encajarme en esta articulación de mi mano izquierda, una bolita pequeña, sin aparente importancia, pero que me obliga a mover el dedo índice con dificultad. ¡Cualquiera sabe el paradero de mi bolita!... Apostaría una clavícula a que mi bola estará en estos momentos girando en torno de alguna ruleta, decidiendo la vida de un puñado de muertos... ¡Para las veces que se habrá metido en el cero!...

El esqueleto lanzó una carcajada hueca y tomó la petaca que había dejado Bermejo sobre la mesilla de noche.

—Veo con placer, que es usted un buen fumador, que consume un gran tabaco. Yo también lo soy, aunque algo retraído por las circunstancias... ¡Lástima de mi cachimba!... Porque debo advertirle que yo lo fumo en pipa... El doctor me ha prohibido el uso del tabaco, pues dice que me está envenenando paulatinamente, pero yo no le hago caso... Antes morirá él que yo... Mas observo que usted sigue tembloroso, sin querer cruzar conmigo la menor palabra y a eso no hay derecho... Una noche se pasa pronto y mucho mejor en amigable charla...

El esqueleto aspiró con fuerza el cigarrillo, esparciéndose el humo por toda la concavidad de su caja ósea y escapándose en sutiles espirales por cuantos resquicios constituíanla.

—Lamento no poder invitarle a unas copas. El doctor no bebe y yo sólo cuento con la bodega del doctor. Cuando me siento cogerista, recorro al frasco del éter, que nunca falta en el botiquín de Galindo. Por cierto que una noche equivocadamente me tiré al colete una limpia de sublimado y por poco me muero... ¡Pero a mí no hay quien me mate!... Las que me molestan sobremanera son las pulgas... En este pueblo hay una verdadera plaga, que me tiene realmente frito. Ya lo habrá usted notado; y eso que como esta noche somos dos en la estancia, han compartido la cena y me molestan menos. Sin embargo, mire usted los habones que me han colocado en esta pañatorrilla...

La osamenta se rascó desesperadamente, produciendo el contacto de sus descarnados dedos con la tibia un ruido extraño y seco, capaz de aterrorizar al más valiente.

—Ante todo, le ruego que deseché temores pueriles. Yo no pretendo ocasionarle ningún mal y si sólo distraerle unos minutos. Agradézcale mi visita a su amigo, pues si Galindo en el asi-

no no hubiera levantado un muerto de a duro, yo no estaría en este momento conversando con usted. Mi resurrección ha sido ocasional, y mi vida durará muy poco, lo que dure el napoleón en el bolsillo de Galindo. Una ley fatal obliga al jugador a reincidir... Ese duro volverá seguramente a poder del banquero y en ese instante preciso, yo habré terminado mi visita... Ahora, escuche, aunque muy a la ligera, la historia de mi vida, señor Bermejo... Yo fui militar, político y fraile, todo en una pieza... Mi época admitía esa amalgama arbitraria de profesiones y dignidades... En resumen, fui un malabarista de mi tiempo... Conspiré contra la Tudó, vitoreé a Godoy, aplaudí a Carlos IV, maldije a Pepe Botella, fui lego en el convento de la Merced, hasta que una vulgarísima bala francesa me arrebató la vida... Mi agitada existencia fué exactamente la misma que la de cualquier desaprensivo de hogaño. Hoy se aplaude, se maldice, se reza y se combate a la vez, igual que en el reinado de Bonaparte... La humanidad no ha cambiado de aspecto y en el árbol genealógico de la desaprensión han brotado nuevas raíces, cubriéndose sus ramas de verdes hojas...

Bermejo intentó un supremo esfuerzo e interrumpió a su visitante:

—Y bien, ¿por qué habéis venido?...

—¡Bah!... Por una humorada... Pero ha llegado el instante de que os abandone; el doctor Galindo acaba de perder el duro, matando mi vida...

—¡Un momento!...—atrevióse a decir Bermejo.

—Con mucho gusto.

—¿A quién perteneció ese cráneo que está en la mesa?...

—¿Ese?... ¡A otro que tal!... Ese y yo, somos los representantes de un sindicato único, formado para protestar en todo momento de que nos zarandeen sin ton ni son. Ese y yo, somos unos huesos...

La osamenta rindióle un saludo picaresco y desapareció por la puertecilla de escape.

* * *

Indudablemente, el sueño de Bermejo había sido un tanto pesado.

José de Silva



—¿Cómo tienen ustedes camas aparte?

—Porque mi marido es futbolista y por la noche sueña con los partidos.



OS VALIENTES

EL DE LA CAPA.—Pues si yo creía que tú en aquella bronca eras el que más habías «endiñado» y te veo lleno de golpes.

EL DE LOS GOLPES.—Si es que como era de noche no veía yo bien y me pegaba a mí mismo!...

—Yo no encuentro esa palabra en el Diccionario.

—No seas bruto, hijo. ¿Cómo la vas a encontrar sin mirar antes en el índice.

CHISTES COLMOS



—¿Eres mi amiga?

—Siempre.

—Pues vigila a tu marido.

—¿Por qué?

—Porque nos engaña a las dos.

—¡Caramba! No recuerdo haberme despertado nunca tan alegre.

—Entonces, esposo mío, acompáñame a la modista.

—¿Cómo a ti, que eres tan tacaño, se te ha ocurrido comprar ese anillo tan espléndido?

—Porque para lucirlo no tendré que comprar guantes en toda la vida.

—¿Por qué lleva usted el paraguas abierto del revés?

—Es que tiene un agujero por el derecho.

J. M. CONDE

En la taquilla de un teatro.

—¿Hace usted el favor de dos butacas? Que sean del centro.

—Está usted confundida; este es el teatro de la Comedia.

PARRILLA Y RODRIGUEZ

¿Cuál es el colmo de lo imposible?

El que un "pollo" sea "gallina".

JUAN SANCHEZ LOPEZ

Entre sablistas.

—Nunca estoy más contento que cuando puedo devolverle la pasta al que se la debo.

—¡Qué rareza!

—Nada de singular tiene: es que en ese día "he conquistado"... ¡el doble de aquella! y doyme luego un banquete con "aire de triunfador".

"MEFISTOLAZO DE DIOS"

ANECDOTA

Cuéntase del célebre guitarrista "Segovia" que después de un gran concierto que dió en el teatro de la Comedia, toda la gente conocida de él fué donde éste estaba a darle la enhorabuena con los términos más expresivos y cariñosos. El señor Segovia, queriendo corresponder a tales actos, sacó una gran petaca, repartiendo puros a cuantos por allí había; después de terminar, dejó fama inmortal la "ronda de Segovia".

M. SANCHEZ OCAÑA

Al terminar un combate, en el cual quedaron pésimamente los Regulares, el jefe de la columna llamó al oficial de estas fuerzas, y encarándose con él, le dijo:

—¡Capitán, cuidado que son ustedes malos!

A lo que éste contestó enérgico:

—¡Mi general, no somos malos, somos regulares!

RAMIRO GOMEZ

Recurso ingenioso.

Cesante 1.º—¿De modo que te tiraste al estanque para suicidarte?

Cesante 2.º—¡Quiá, hombre! Yo nado admirablemente, así que me di un baño "gratis", que buena falta me hacía, y encima a la salida me dieron una copita de Jerez.

CARLOS ATIENZA

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

R. G.—Madrid.—Aceptado. De los chistes publicaremos uno nada más.

C. A.—Publicaremos algunos.

F. G. G.—Málaga.—Se publicará un dibujo.

A. S. M.—Tomelloso.—Se publicará. Juan del Arpa.—Sevilla.—Envíe otra cosa.

L. B.—Madrid.—Se publicarán sus dibujos.

J. M.—No acaba de satisfacernos su trabajo.



—Pero, ¿cómo usted que siempre trae hecho los problemas, no lo trae también hoy?

—Es que papá ha andado de juerga y no ha venido a casa en toda la noche.



—Me han dicho que t'has echao un novio que está haciéndose una casa. ¿Tan rico es?

—No; es albañil.



—Este pueblo, por lo que he visto, debe tener muchos blasones.

—Que yo sepa no hay más que uno; pero todos le llamamos Blasuco.